

CIENCIAS SOCIALES

- Raíces culturales y sociales de América Latina e identidad hispánica

RAÍCES CULTURALES Y SOCIALES DE AMÉRICA LATINA E IDENTIDAD HISPÁNICA

Jaime Antúnez Aldunate

Resumen: Los profundos cambios que caracterizan la cultura contemporánea exigen una reflexión acerca de la identidad de la persona y de los pueblos. Ante las presiones de la globalización es importante revivir las tradicionales raíces que conforman el patrimonio heredado. La adecuada visión religiosa constituye uno de los más importantes factores de preservar la cultura hispanoamericana.

Palabras clave: identidad hispanica, cultura, religion, identidad, arte americano, integración latinoamericana

Abstract: The deep changes characterizing our modern culture demand some reflection about the identity of both the individual and the peoples. In facing the pressures of globalization, it is important to revive the traditional roots upon which the inherited legacy is shaped. A proper religious vision constitutes one of the most essential factors in the preservation of the latin-American culture.

Key words: hispanic identity, culture, religion, identity, American art, Latin American integration

Sommaire: Les changements profonds qui caractérisent la culture contemporaine demandent une réflexion sur l'identité de la personne et des peuples. Face aux pressions de la globalisation, il est important de revivre les racines traditionnelles qui forment le patrimoine hérité. La vision religieuse appropriée est un facteur de la plus haute importance pour préserver la culture latino-américaine.

Mots clefs: identité hispanique, culture, religion, identité, art américain, intégration latino-américaine

¿ En qué horizonte avizoramos a América Latina cuando hablamos de ella como el «continente de la esperanza»? ¿Cuál es la base de esta espléndida promesa? ¿Cuáles son las fortalezas con que sale a su encuentro esta cultura latina o hispánica, animada, según se dijo en la Conferencia de Puebla, por un «real sustrato católico»? ¿Cuáles son por su parte las debilidades que la alejan de ella?¹

Registramos a este respecto, en lo inmediato, como uno de sus desafíos más serios, una doble circunstancia: de una parte, constatamos que la llamada *evangelización fundante* no ha desplegado en su andar, ya cinco veces centenario, toda su fuerza y posibilidades²; de otra, verificamos el *creciente secularismo* que abraza a todo el mundo cristiano, incluido desde luego el continente americano de norte a sur.

A ninguno puede ocultarse, a este último propósito, el empeño sistemático y organizado, que ha tomado cuerpo universalmente, de construir una sociedad sin Dios y de desplegar una virtual cultura *tamquam si Deus non esset*, como si Dios no existiese.

A la amenaza de una destrucción total que se cernía sobre la humanidad contemporánea por cau-

sa del enfrentamiento ideológico que dividió al mundo a lo largo de todo el siglo XX –y a pesar de la superación de no pequeños obstáculos inherentes a aquella situación– ha venido a sucederla un estado de fuerte incertidumbre en el camino por seguir, caracterizado principalmente por la ausencia de proyectos culturales válidos y capaces de dar respuesta a las aspiraciones más profundas del corazón humano.

No parece una cuestión objetable, por ejemplo, afirmar que el sistema de libre mercado, aplicado con equilibrio y sentido de justicia, es en este momento una herramienta poderosa para el bienestar de los pueblos. Tampoco, que la ampliación y consolidación de las libertades públicas –materia que ha motivado tantas y tan arduas discordias en el ámbito latinoamericano– constituye un gran bien social. No obstante, el mismo reduccionismo inmanentista que afectaba la confrontación ideológica hasta los años ochenta con su poderosa carga de utopismo parece haberse trasladado al contexto cultural del presente. A diario, y con simpleza sorprendente, se confunde así libertad con permisividad o se sospecha o directamente se demoniza cualquier limitación a ésta. Quienes, por su parte, ayer se alineaban en el bando que postulaba que todo control que fallara exigía la aplicación inmediata de un control más drástico hoy afirman, frente a cualquier limitación de la libertad que consideren un obstáculo a sus planes –con idéntico e incorregible automatismo ideológico– la necesidad urgente de nuevas y siempre más amplias libertades.

A la luz de estas realidades, los modelos culturales que se afianzan en los países industrializados no nos aseguran una civilización digna del hombre. Lo común es que se destaquen los valores inmediatos y contingentes como claves fundamentales de la convivencia, renunciándose a cimentar la vida personal y social en las verdades de fondo, en los principios que dan sentido a la existencia. Nos basta, en tal sentido, pensar en la pérdida del significado de la vida humana, puesta de manifiesto en el elevado número de suicidios característico de algunos paí-

1 «¿¡Dichosa tú que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá! (Lc 1, 45). Estas palabras que Isabel dirige a María, portadora de Cristo, son aplicables a la Iglesia, de la que la Madre del Redentor es tipo y modelo», ha precisado Juan Pablo II agregando como proyección de ellas lo que sigue:

«¡Dichosa tú, América, Iglesia de América, portadora de Cristo también, que has recibido el anuncio de la salvación y has creído en 'lo que te ha dicho el Señor!' La fe es tu dicha, la fuente de tu alegría. ¡Dichosos vosotros, hombres y mujeres de América Latina, adultos y jóvenes, que habéis conocido al Redentor! Junto con toda la Iglesia, y con María, vosotros podéis decir que el Señor 'ha puesto los ojos en la humildad de su sierva' (Lc 1, 48)».

Y a continuación, en tono convocatorio, ha agregado: «Lo que te ha dicho el Señor se cumplirá'. ¡Sé fiel a tu bautismo, reaviva la inmensa gracia recibida, vuelve tu corazón y tu mirada al centro, al origen, a Aquel que es fundamento de toda dicha, plenitud de todo! ¡Ábrete a Cristo, acoge el Espíritu, para que en todas tus comunidades tenga lugar un nuevo Pentecostés! Y surgirá de ti una humanidad nueva dichosa; y experimentarás de nuevo el abrazo poderoso del Señor, y 'lo que te ha dicho el Señor se cumplirá'» (cfr. JUAN PABLO II, en la inauguración de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, en Santo Domingo, 12 de octubre 1992).

2 JUAN PABLO II a los obispos de la Conferencia Episcopal Mexicana (12 de mayo 1990).

ses altamente industrializados y testificada también trágicamente por el aborto y la eutanasia. Se verifica con ello un proceso de desgaste que, afectando las raíces de la cultura predominante y del cuerpo social, acarrea ya dolorosas heridas a éste.

Preocupados aquí de valorar el presente y futuro de la cultura latinoamericana, creo que habremos de llegar fácil y rápidamente a la conclusión de que esas concepciones reduccionistas de la vida y esos valores, de suyo transitorios, no son capaces de sustentar el esfuerzo que exige la construcción de una civilización joven y prometedora como la nuestra, de una sociedad digna del hombre en todos sus aspectos: materiales y espirituales, immanentes y trascendentes.

Ante esta crisis de modelos culturales puede ser oportuno aquí traer a la memoria esa serie de interrogantes que expresaba el autor de un célebre documento anónimo del México prehispánico: «¿Qué es lo que va a gobernarnos?, ¿qué es lo que nos guiará?, ¿qué es lo que nos mostrará el camino?, ¿cuál será nuestra norma?, ¿cuál será nuestra medida?, ¿cuál será nuestro modelo?, ¿de dónde habrá que partir?, ¿qué podrá llegar a ser la tea y la luz?»³.

Herederos de viejas civilizaciones que alcanzaron un alto grado de desarrollo y que han dejado un estimable legado de saber, hijos de una raza y una cultura forjadas en el encuentro de pueblos autóctonos y de gentes venidas de Europa a las que se añadieron sucesivamente las provenientes de África y Asia, en un proceso de cinco siglos marcados por la presencia de Cristo y su madre, María, y en los que el cristianismo ha pasado a formar parte de la identidad propia, rememoremos y distingamos brevemente algunos factores capitales en la génesis de ésta, nuestra cultura latina o hispanoamericana, que en la hora presente deberían ayudarnos a labrar el camino.

LO QUE CULTURALMENTE NOS DISTINGUE EN LA GÉNESIS

- 1) Han existido dos formas enteramente distintas de presencia europea en América, según ha

3 Códice *matritense* de la Real Academia de la Historia, fols. 191v y 192r.

ponderado Julián Marías. La más tardía, la del norte, fue un *trasplante* de sociedades europeas a suelo americano para fundar en él sociedades igualmente europeas; la española, mucho más antigua, había sido un *injerto* de elementos europeos en las sociedades americanas, que siguieron siéndolo, modificadas, transformadas, por la aportación de una nación europea renacentista, con una lengua, una religión, una cultura, un sistema de usos, una organización política y social. El resultado fue una América *hispanizada*, como fue romanizado gran parte del mundo antiguo. Con su patrimonio común, tanto la hispanidad como los países americanos pueden enriquecerse, respirar mejor y llegar más lejos. Si se les quita su raíz hispánica, su lengua, su historia compartida, quedan claramente disminuidos.

- 2) ¿Qué viajó de España a América?, se ha preguntado el historiador Luis Suárez. El caballo y el «Padre Nuestro», responde. Con el caballo, una forma de vida superior, hecha de exigencia y deberes e identificada con el sentimiento de la caballería, con la nobleza de la conducta, con la hombría de bien y el respeto a la palabra dada: lo que todavía denominamos caballería⁴. Las huellas remotas de esa realidad forman una amplia stirpe, no circunscrita o relegada a los campos, que pasa por Martín Fierro (el Quijote americano) y que descubrimos en los charros de México, los gauchos de la Pampa, los huasos chilenos y otros representantes dispersos en las latitudes americanas.

El «Padre Nuestro» quiere decir cristianismo, esto es reconocimiento para el hombre de esa condición prodigiosa y única que es llegar a

4 A propósito de la *caballería* –y como sinónimo de *hidalguía*–, es interesante aquí recordar las comparaciones que hace el historiador chileno Jaime Eyzaguirre en su libro *Hispanoamérica del dolor* entre el concepto castizo de *hidalgo* y el inglés de *gentleman*, que a su vez homologa con el de *businessman*: «La justicia del español gira en torno a la salvaguardia de la fe; es una justicia que descansa en el derecho a la salvación eterna que tienen todos los mortales y que por eso los hace específicamente iguales; es una justicia de movimiento ascensional, místico, trascendente. Por eso sus arquetipos son el caballero andante, el misionero, el santo. En cambio, la justicia de los pueblos sajones se mueve en torno a la utilidad, como claramente lo han expresado sus filósofos Jeremías Bentham y Stuart Mill. El arquetipo no es aquí el caballero, el santo o el misionero, sino el hombre de negocios, el banquero, el industrial afortunado. Y esta diferencia tiene su raíz originaria en la gran revolución religiosa del Renacimiento».

ser hijo de Dios no importando la raza ni la naturaleza biológica sino la fe, que se recibe después de nacer. A la vista de los hechos podría afirmarse que la empresa de formación de América habría sido un fracaso si no se hubiera logrado esa profunda raigambre de la cristianización. El catolicismo que España transmitió a los pueblos americanos y que, como se puede ver, constituye un patrimonio que este mundo hispánico guarda hasta hoy tuvo en el ámbito devocional tres ejes centrales, con sus respectivas expresiones litúrgicas: la Eucaristía, la Virgen María y el Papa.

En nuestros días, el santuario más visitado en el mundo no está en Lourdes ni en Fátima sino en México, junto a la Virgen de Guadalupe.

Por su parte, la más elocuente ilustración del éxito general de la primera evangelización lo constituye el hecho de que América Latina cuenta hoy con cerca de cuatrocientos millones de católicos que, en conjunto con los de Norteamérica –en gran proporción, de origen latino–, constituyen prácticamente la mitad de la población católica del mundo. Cifras también interesantes de considerar son las que nos señalan que México conforma la segunda población de católicos en el mundo, y Brasil, la primera.

- 3) Después del primer momento de conversiones masivas en México y en Perú viene un proceso muy cuidadoso y prolijo de preparación y recepción de los sacramentos por los nativos. La defensa del indio se transforma desde un principio en preocupación principal de obispos y sacerdotes. Estudios como los de los padres José de Acosta y Bernardino de Sahagún –ha escrito Gabriel Guarda– representan, ya en el siglo XVI, un gran avance en el conocimiento de la idiosincrasia indígena y sus creencias, anteriores al arribo europeo.

Hermandades y asociaciones, muchas de ellas seculares pero amparadas por la Iglesia practican abundantemente, desde la fundación de América hispánica, la caridad a través de fundaciones hospitalarias o casas de misericordia.

Fiel testigo de la extendida presencia de vidas edificantes en los cinco siglos transcurridos desde el Descubrimiento y la recepción de la fe cristiana en estas tierras es la prolija bibliografía existente a este respecto. Alguna, más reciente y que incorpora a figuras de nuestro tiempo, como la del historiador benedictino chileno Mauro Matthei, constituye un intento de santoral latinoamericano. Con todo, nombres como Rosa de Lima, Mariana de Jesús, Martín de Porres, Francisco Solano y Luis Beltrán, testimonian desde el inicio de la empresa americana una tónica de alta espiritualidad.

- 4) Nunca, probablemente, en la historia tuvo tanta significación la escritura como durante el asentamiento español en América. Mientras las muy diversas formas idiomáticas indígenas venían fundándose únicamente en la tradición o en la movilidad cambiante del habla diaria –los signos jeroglíficos mayas, por ejemplo, no estaban al alcance del grueso del pueblo–, el castellano alcanzó en seguida una potentísima asimilación. Por su parte, el proceso del habla fue de alteración y cambio desde el momento mismo en que los peninsulares europeos iniciaron en el nuevo mundo el conocimiento étnico; hubo una americanización del castellano hablado a partir del instante en que los recién llegados tuvieron que hacerse entender de lo nativos y éstos de aquéllos.

Prueba de esa asimilación es que el cultivo de las letras, sobre todo de la poesía, prendió en América como una llama que, pasando por figuras inimitables como sor Juana Inés de la Cruz (1657-1695) en el barroco, sigue hasta hoy. Antes de finalizar el siglo XVI hubo un concilio de la Iglesia mexicana y un concurso de poesía al que se presentaron más de trescientos autores. Ya en 1539 nace en Cuzco (Perú) el Inca Garcilaso de la Vega, primer gran escritor hispanoamericano. Y en 1580 Juan Ruiz de Alarcón, mexicano, el primer gran dramaturgo de América, como el Inca, hace su obra en España. Alarcón cuenta con el notable mérito de haber servido de modelo a Corneille y de haber influido en el teatro de Molière. Antes de finalizar el siglo XVI ya estaban escritos el gran poe-

ma épico de Ercilla y las obras de mestizos como Alvarado Tezozomoc, Huamán Poma de Ayala y otros.

- 5) Particular importancia tiene en este breve recuento lo que se ha llamado la «América barroca». Se ha dicho con razón que la época del barroco es para Hispanoamérica lo que fue el románico para Europa: una época definitiva y, por tanto, también hasta cierto punto definitiva. No es ni europea ni indígena aunque combina elementos de una y otra procedencia. Es una América apropiadamente llamada «indiana», pues no se compone de minúsculos enclaves europeos en suelo extraño, como las colonias inglesas, francesas u holandesas, esforzadas en reproducir las formas culturales de la metrópoli como único medio de preservar su identidad. Esta América barroca tiene, en cambio, personalidad propia frente a la cultura europea y a las culturas indígenas y participa asimismo con voz propia en el mundo moderno, unificado bajo la preponderancia europea.

En ella, como en Europa, se concibe el mundo como un teatro y la vida como un espectáculo, siendo lo decisivo que cada cual haga su papel con el mayor lucimiento de cara a Dios y de cara a los hombres. Es significativo cómo esto se proyecta, por ejemplo, en el sentido cultural que adquiere el trabajo en los medios más populares. Mestizos e indígenas se familiarizan con el trabajo como ocupación regular, al modo europeo, pero lo realizan a su manera, según un *ethos* propio, con sentido no productivo sino cultural.

La estética del barroco americano es a su vez desbordante: brillan la ornamentación en la arquitectura, la suntuosidad en el vestido, el refinamiento en los modos de vivir y, más que nada, el esplendor de la fiesta. Es la edad de oro de ésta, y ello no se limita a las cortes virreinales de México y Lima sino que está presente hasta en la última villa, hacienda o asiento minero. La participación en la fiesta no es exclusivista sino comunitaria, sea en la ciudad o en el campo. El año está jalonado de festividades, religiosas o profanas, algunas de las cuales, como

las de los santos patronos, la trilla o los toros, han sobrevivido hasta hoy. Se celebran en espacios abiertos –plazas, santuarios, medallunas– y todo el mundo toma parte en ellas.

Artesanos y artistas son el puente entre esta cultura, en su mayor parte iletrada y oral, y la letrada de las universidades. Así es como nacen espléndidas escuelas de escultura y pintura como la de México o las de Cuzco, Quito y La Paz en Suramérica. Grandes nombres como el del mexicano Villalpando (1654-1714), el potosino Melchor Pérez de Holguín (1660-1724), el indígena quiteño Manuel Chili (*Caspicara*) o, en Brasil, el del mulato Aleijadinho (1738-1814) son apreciados hoy universalmente. Sin afán de extendernos, habría que decir, con todo, que la reina de las artes en el barroco americano es la arquitectura; basta para ello pensar en México, Lima, Guadalajara, Puebla, Guatemala, Bahía, Chuquisaca o Quito.

Sin duda, como en toda cultura que se asienta en profundidad, un fundamento esencial del barroco americano es la conciencia religiosa. Fue así como esta cultura encontró su mayor elemento de continuidad y fusión, no sólo entre tradiciones amerindias distintas sino sobre todo en relación con el mestizaje, expresión particularmente sobresaliente de lo cual es, como veremos, la devoción a la Virgen de Guadalupe. En un continente que no conoció la Reforma ni las guerras de religión, el barroco americano, a diferencia del europeo, tuvo un papel de encuentro y de síntesis. Notas características suyas, como ha destacado Pedro Morandé, son el lenguaje simbólico más que el ideológico y su expresión oral más que escrita, lo que se ha canalizado en una religiosidad popular de estructura cúllica y ritualista –«una invitación a comprender el misterio de la vida humana desde el lenguaje litúrgico y simbólico que ordena el espacio y el tiempo al encuentro del hombre con el Absoluto»–, a distancia del pietismo y del puritanismo que ocupó importantes espacios en Europa⁵.

5 Es interesante rescatar lo dicho por el sociólogo chileno Pedro Morandé en su artículo «La religiosidad popular hispanoamericana»: «La presencia del cristianismo no alteró sino que confirmó el sentido religioso

- 6) Corolario natural de esta cultura que sumariamente esbozamos es el *derecho indiano*. Apenas la Corona se dio cuenta de que se estaban cometiendo abusos con los aborígenes empezó a dictar una normativa que los favoreciera. Ningún trabajador europeo del siglo XVI podía contar con un articulado que lo beneficiara tanto como a los indios las leyes de Burgos y Valladolid, de 1512 y 1513. Horario de trabajo, habitación, alimentación, protección a los menores y a la mujer embarazada fueron algunas de las fecundas conquistas sociales obtenidas por los naturales. A ellas se fueron agregando muchas más según pasaba el tiempo.

También hubo un derecho canónico indiano, reflejado primordialmente en los cánones de los concilios provinciales. Entre los eminentes obispos que participaron en estas asambleas deben ser recordado santo Toribio de Mogrovejo, arzobispo de Lima (y actualmente patrono del episcopado latinoamericano), y el no menos santo –si bien no canonizado aún– Juan de Palafox, obispo de Puebla (México).

Además de la ley, tiene en este contexto gran importancia la costumbre, que podía ser criolla o indígena y que en ciertas condiciones podía hasta derogar la propia ley. Contra lo que ha dicho con insistencia la leyenda negra, la Corona no acabó con las costumbres indígenas, salvo en la medida en que éstas contrarían la religión católica –por ejemplo, ritos sangrientos, poligamia, incesto– o atentaran contra los derechos políticos del rey.

Los nombres de los tratadistas que se ocuparon en América y en España del derecho indiano,

abarcando muy diversas especialidades, y la referencia a sus obras comprenden numerosos volúmenes. Alguno, como el de Francisco de Vitoria, a quien se considera hoy el padre del derecho internacional, no puede quedar sin mención. Tampoco el de Juan Solórzano Pereira, oidor del virreinato del Perú, promovido al Consejo de Indias, autor de una excelente síntesis sobre este nuevo derecho que se tituló *Indiarum iure* (Madrid 1629).

Rubrica como una constante esta amplia producción legal, consuetudinaria, jurisprudencial y científica la preocupación por el indio y, sobre todo, por el aspecto de su vida al que se daba máxima prioridad: su salvación eterna.

EN LOS ALBORES DE UN NUEVO MILENIO

Transcurridos cinco siglos desde esta génesis rápidamente resumida podemos decir –sumándonos con alegría y confianza a las palabras de la exhortación apostólica postsinodal *Ecclesia in America*– que el mayor don que América ha recibido en su historia es la fe, la cual fue forjando, a partir de esos inicios, su identidad cristiana. Esa fe impregna los principios morales que conforman nuestro *ethos*, aun cuando no siempre sean estos recibidos y vividos con entera coherencia⁶. Constituyen, con todo, un patrimonio de todos los habitantes de América y de él participan incluso quienes no se identifican con ellos ni con la fe cristiana.

Los mejores frutos y la mejor expresión de esta realidad, como en otras culturas, son los santos, que han florecido con abundancia en estas tierras a lo largo de los pasados cinco siglos. Ellos, con su ejemplo, han gravitado hondamente en la sociedad americana, imponiendo su peso en la jerarquía de valores que conformó nuestra cultura.

del espacio y del tiempo. De modo expreso e intencional, en ciertas ocasiones, o en forma inconsciente, en otras, los lugares del culto cristiano se ubicaron en el mismo sitio que ya había sido consagrado por la religiosidad amerindia, y el calendario de las fiestas tuvo en cuenta también los ciclos de la vida agrícola. A su vez, el ritmo litúrgico del día quedaba determinado por la presencia de la luz del sol, lo cual no era distinto del ritmo cotidiano establecido para la población aborigen. Lejos de Hispanoamérica quedó la experiencia europea de medir el tiempo desde la rentabilidad del dinero o del préstamo a interés. Una fórmula semejante de organización social suponía un grado de secularización de las estructuras que no existía ni entre las culturas amerindias ni en el cristianismo barroco hispanoamericano. El Concilio de Trento no hizo más que reafirmar estas tendencias, al destacar la dimensión sacramental y sacrificial de la vida humana, manteniéndose así una referencia constante de la sociedad al universo sagrado».

6 «El desafío que representa la cultura ‘adveniente’, no debilita nuestra esperanza, y damos gracias a Dios porque en América latina el don de la fe católica ha penetrado en lo más hondo de sus gentes, conformando en estos quinientos años el alma cristiana del continente e inspirando muchas de sus instituciones [...] la Iglesia en Latinoamérica ha logrado impregnar la cultura del pueblo, ha sabido situar el mensaje evangélico en la base de su pensar, en sus principios fundamentales de vida, en sus criterios de juicio, en sus normas de acción» (JUAN PABLO II, Inauguración en Santo Domingo de la IV Asamblea del Celam, 12 octubre 1992).

Expresión propia de la identidad de esta cultura –desde sus albores, como ya vimos– es la religión popular, que la Iglesia aprecia y defiende como realidad de valor inestimable para el encuentro de los hombres americanos con Cristo, especialmente de los más débiles, pequeños y desposeídos. Lejos de circunscribirnos a lo meramente sociológico, estamos aquí, como diremos luego, frente un hecho que toca en la forma como maternalmente la Providencia ha querido guiar la historia personal y social del hombre americano en el caminar hacia el reino de Cristo.

* * *

Muchos y variados desafíos se hacen, sin embargo, presentes hoy a esta identidad cristiana que recibimos como legado, expresión de problemas universales y que abarcan tanto a la América del norte como a la del sur, aunque con matices diferentes de un lugar a otro. Si hubiera que resumirlos en una sola palabra, usaríamos la expresión *globalización*. Desde el punto de vista ético no cabe hacer una valoración positiva ni negativa de la globalización. Puede ésta traer consigo consecuencias ventajosas desde el punto de vista de la eficiencia de los servicios y de un incremento de la producción, fortalecer el proceso de unidad de los pueblos y contribuir a un mejor servicio a la familia humana; pero también, si se rige por las leyes del mercado aplicadas según las conveniencias de los más poderosos, sus efectos pueden ser muy negativos.

Desde la perspectiva que más íntimamente aquí nos preocupa, hay sin duda que fijar la atención en la *globalización cultural*, producida por la fuerza de los medios de comunicación social. En general, puede decirse, nos hallamos en este ámbito en las antípodas de aquellos ejemplos vivos que marcaron la escala de valores morales propia de nuestra identidad. Pues, en efecto, al decir de la exhortación apostólica *Ecclesia in America*, estos medios «imponen nuevas escalas de valores por doquier, a menudo arbitrarios y en el fondo materialistas, frente a los cuales es muy difícil mantener viva la adhesión a los valores del Evangelio»⁷.

7 Exhortación apostólica *Ecclesia in America*, n. 20.

En el marco de esas «nuevas escalas de valores», viejos problemas y preocupaciones adquieren nueva dimensión. Es el caso, por ejemplo, de una desequilibrada *urbanización* que desde tiempos de Paulo VI preocupa a la Iglesia. Ella encuentra su primer origen en la pobreza y la falta de servicios y comunicaciones que afecta a muchas zonas rurales, pero se potencia, y cada vez más, por el atractivo poderoso que ejerce sobre la gente sencilla del campo la fascinación de la gran ciudad según ella es mostrada por los medios de comunicación. Hay en este terreno una falta de planificación que acarrea muchos males. En las poblaciones rurales arrastradas así inconscientemente a la urbe se produce un «desarraigo cultural, la pérdida de costumbres familiares y el alejamiento de las propias tradiciones religiosas, que no pocas veces lleva al naufragio de la fe, privada de aquellas manifestaciones que contribuían a sostenerla»⁸. A la pobreza material muchas veces más honda y desamparada de la urbe viene, pues, a agregarse la más grave de las pobreza, que es la pérdida de la fe⁹.

El hedonismo, el materialismo y los estilos que impone la publicidad entran en conjunción con la vida de la gran ciudad, donde se hace presente otro gran problema y amenaza para la moral y las estructuras sociales de nuestros pueblos: el *comercio y el consumo de droga*¹⁰. La complejidad del problema no permite abordarlo aquí en su debida extensión. Tengamos entre tanto presente que él se vincula por una parte con la depresión de algunas zonas rurales que sirven de productoras para la droga, con el fenómeno creciente de la urbanización al que nos referimos y con la *corrupción*, esa lacra que aflora cada vez con más fuerza en las sociedades dominadas por la subcultura del consumismo.

Por fin, concomitante con lo anterior, tenemos lo que se ha llamado *cultura de la muerte*. Los poderosos se ensañan contra los débiles: pensamos en los niños no nacidos, víctimas del *aborto*; en los ancianos y enfermos incurables, víctimas a veces de la *eutana-*

8 *Ibid.*, n. 21.

9 *Ibid.*, n. 74.

10 Sobre la comercialización de la droga consultar documento del PONTIFICIO CONSEJO PARA LA FAMILIA en *Humanitas*, núm. 8, octubre 1997: <www.humanitas.cl>.

sia. La profusión de grandes intereses que se confabulan contra el derecho a la vida en nuestro tiempo y la generalización de una visión relativista de la moral que ampara estas políticas ponen plenamente en actualidad las serias advertencias hechas por Juan Pablo II en las encíclicas *Centesimus annus* y *Evangelium vitae* respecto del dudoso futuro que enfrenta un sistema político, también por supuesto el democrático, cuando es incapaz de fundarse en valores morales objetivos.

EVANGELIZACIÓN DE LA CULTURA

¡Con cuánta evidencia los hechos referidos hacen actual la dolida queja lanzada ya por Paulo VI: «La ruptura entre el Evangelio y la cultura es sin duda alguna el drama de nuestro tiempo»! Digamos, en consecuencia, que la evangelización de la cultura es, por contraposición, el gran desafío al que estamos llamados, la razón de que estemos reunidos aquí. De hecho, como podemos experimentarlo y como también nos ha sido dicho varias veces, *la fe que no se hace cultura es una fe mal acogida*¹¹.

Aunque el Evangelio no se identifica con ninguna cultura en particular, sí debe inspirarlas, para de esta manera transformarlas desde dentro, enriqueciéndolas con los valores cristianos que derivan de la fe. En realidad, la evangelización de las culturas representa la forma más profunda y global de evangelizar a una sociedad, pues mediante ella el mensaje de Cristo penetra en las conciencias de las personas y se proyecta en el *ethos* de un pueblo, en sus actitudes vitales, en sus instituciones y en todas sus estructuras¹².

Está a la vista el peligro hoy existente de una fractura entre los valores evangélicos y las culturas modernas, incluso de aquellas que, revestidas de una aparente asepsia filosófica, se definen por una línea de pensamiento tecnológico. Puede verse, en efecto, que ellas muchas veces se encierran dentro de sí en una especie de involución agnóstica y sin referencia a la dimensión moral¹³. Esta actitud se alimenta y a

su vez acrecienta un indiferentismo religioso –también en América Latina– que ahonda el desencanto social. Los problemas más graves –como el del aborto, por ejemplo, o las cuestiones de la ingeniería genética– tienden a discutirse sobre la base de consensos sociales subjetivos que arrastran con frecuencia a posiciones contrarias incluso a la ética natural.

La misión de evangelizar la cultura, si ha de seguir las recomendaciones de la exhortación *Ecclesia in America*, debería hoy fijarse atentamente en dos ámbitos.

Uno, el de los *centros educativos católicos*, incluido el universitario, que constituyen un campo privilegiado para promover la inculturación del Evangelio. Será aquí fundamental resguardar la propia identidad católica, es decir la de un proyecto que hace referencia constante a Jesucristo y a su mensaje. La tarea no consiste en recortar del Evangelio todo aquello que parece difícilmente asimilable para la mentalidad de hoy. No es la cultura la medida del Evangelio sino Jesucristo la medida de toda cultura y de toda obra humana. Este esfuerzo por fortificar la identidad católica de las escuelas debería acompañarse –siguiendo la misma fuente de recomendación– del cuidado de que el amor preferencial por los pobres no signifique descuidar a los sectores dirigentes de la sociedad y a la vez incentivar la cooperación entre las universidades católicas de toda América para que se enriquezcan mutuamente.

Otro importante ámbito de atención será el de los *medios de comunicación social*, cuya inmensa influencia en orden a modelar la cultura y la mentalidad actual es innegable. Deberá no descuidarse la preocupación pastoral con quienes trabajan en los medios; en seguida –nos dice con toda claridad la misma *Ecclesia in America*– deberá alentarse a los empresarios católicos a que respalden las publicaciones católicas de calidad y a que promuevan los valores humanos y cristianos. En Chile, la exitosa experiencia llevada a cabo a través de diez años con revista *Humanitas*, de la Pontificia Universidad Católica, se inscribe netamente en dicho esquema de responsabilidades.

Materia particularmente grave en lo que concierne a la evangelización de nuestra cultura –y habitualmente abordada en este espacio de preocu-

11 JUAN PABLO II, Discurso al Pontificio Consejo para la Cultura (1983).

12 JUAN PABLO II, Discurso a los intelectuales y universitarios (Medellín, 5 de junio de 1986).

13 JUAN PABLO II, Discurso al Pontificio Consejo para la Cultura (18 de enero de 1983). Ver también artículo de Pedro MORANDÉ, «La unidad de la persona en un mundo secularizado», en *Humanitas*, núm. 33: <www.humanitas.cl>.

paciones— es el desafío que constituyen las *sectas*. Las hay, como se está viendo a diario, de los más variados tipos, y su rango de peligro para la salud y libertad de las personas es también distinto. Debe recordarse aquí que en la Conferencia de Puebla, hace veinticinco años, ya se señaló que urgía enfrentar su expansión y su agresividad. El avance de éstas deja en evidencia un vacío pastoral y encuentra entre sus causas una falta de formación entre católicos muy expuestos a campañas de proselitismo sectario muy activo. El gran antídoto frente a su activo proselitismo lo ofrece una religiosidad popular arraigada, gozosa y litúrgica, orientada en torno a los misterios de Cristo y de la Virgen María¹⁴. Por su parte, como ha señalado Juan Pablo II advirtiéndolo acerca de la promoción de las sectas, «no se puede infravalorar una cierta estrategia cuyo objetivo es debilitar los vínculos que unen a los países de América Latina y minar así las fuerzas que nacen de la unidad. Con este objeto se destinan importantes recursos económicos a subvencionar campañas proselitistas que tratan de resquebrajar esta unidad católica»¹⁵. Podemos, por ejemplo, recordar, en este sentido, la resolución emanada del entorno Rockefeller a mediados de los años sesenta dando cuenta de una supuesta perturbación para los intereses de Washington en la región que suponía la posición de la Iglesia católica en América Latina y en la que, en consecuencia con ese diagnóstico, se recomendaba la financiación de la acción proselitista de algunas sectas en el continente. Este asunto fue ampliamente comentado en su momento, y recuerdo haber leído una dura crítica a tal proposición de parte de ese gran defensor de la fe en nuestro tiempo que es el cardenal Joseph Ratzinger.

LA PROBLEMÁTICA DE LOS INMIGRANTES

Vistos hasta aquí el tema de las raíces de que se nutre la cultura latinoamericana y el de su identi-

14 «Donde existe una liturgia activa y participada, una sólida piedad mariana, una efectiva solidaridad en el campo social, una marcada solicitud pastoral por la familia, los jóvenes y los enfermos, vemos que las sectas o los movimientos parareligiosos no logran instalarse y avanzar» (JUAN PABLO II, Discurso a la IV Conferencia del Celam, Santo Domingo, 12 de octubre 1992).

15 *Ibid.*

dad, cabe ahora considerar el problema, no tan nuevo pero sí de creciente actualidad, que constituye el trasplante de esta cultura, por vía de inmigración, a un contexto de otras características.

¿Cuáles son los riesgos que esta empresa lleva consigo? ¿Cuáles son sus posibilidades reales de asentamiento, de aporte cultural a la nueva realidad en que se inserta, de enriquecimiento recíproco?

La ya citada exhortación *Ecclesia in America* se hace cargo del problema cuando nos dice que

el continente americano ha conocido en su historia muchos movimientos de inmigración que llevaron multitud de hombres y mujeres a diversas regiones con la esperanza de un futuro mejor. El fenómeno continúa también hoy y afecta concretamente a numerosas personas y familias procedentes de naciones latinoamericanas del continente, que se han instalado en las regiones del norte, constituyendo en algunos casos una parte importante de la población. A menudo llevan consigo un patrimonio cultural y religioso rico en significativos elementos cristianos. La Iglesia es consciente de los problemas provocados por esta situación

y se esfuerza por atender a los inmigrantes y favorecer su asentamiento en el territorio y la acogida de las poblaciones locales, «convencida de que la mutua apertura será un enriquecimiento para todos». Hay implicados en todo esto asuntos del derecho natural de cada persona a moverse libremente, de respeto a la dignidad humana (también, por cierto, en los casos de inmigraciones no legales), de hospitalidad y acogida y, naturalmente, de identidad cultural¹⁶.

La importancia que reviste el tema en el plano público para quienes estamos aquí y para millones de hermanos nuestros por la sangre y por la fe se ha visto acrecentada últimamente por publicaciones que, además de provocar controversias al respecto, motivan también a pensar más hondamente dónde están aquí los auténticos problemas, en la justa medida en que los hay, y cuáles son los caminos para encontrar soluciones a los mismos.

No hace mucho, Samuel Huntington, célebre ensayista y profesor de la Universidad de Harvard,

16 Exhortación apostólica *Ecclesia in America*, n. 65.

en su libro *Who are we?*, ha caracterizado –con tintes dramáticos que dan a su obra un carácter de militancia– algunos de los problemas que circulan en el debate sobre la presencia hispánica o latina en los Estados Unidos de Norteamérica.

Para Huntington, la cultura *Anglo-Protestant* de los Estados Unidos se encuentra, desde las últimas décadas del siglo XX, bajo la presión de diversos factores derivados de la globalización. Sin embargo, precisa, «en esta nueva era, el desafío más inmediato y grave para la identidad tradicional de los Estados Unidos proviene de la enorme y continua inmigración de Latinoamérica, especialmente de México, y los índices de fertilidad de estos inmigrantes en comparación con los nativos negros y blancos de los Estados Unidos». Haciendo cálculos con las cifras correspondientes tanto a la natalidad como a la fertilidad, concluye: «Los hispanos constituían el 12 por ciento del total de la población estadounidense en el año 2000. Este grupo aumentó en casi un 10 por ciento entre los años 2000 y 2002 y actualmente ha llegado a ser más numeroso que los negros. Se estima que los hispanos podrían constituir hasta el 25 por ciento de la población de Estados Unidos en el año 2050». También según sus cálculos se estima que, en una ciudad tan importante como Los Ángeles, en el año 2010 los hispanos serán más de la mitad de la población.

Al citado autor y a quienes él representa les preocupa la gravitación creciente que adquieren en Estados Unidos la lengua española y el lema que advierte como un peligro real: «English is not enough» («El inglés no es suficiente»). Para ello maneja asimismo diversas cifras y tendencias. Lo resume diciendo que «partes importantes del país llegan a ser predominantemente hispánicas en el idioma y la cultura, y la nación como un todo se convierte en bilingüe y bicultural». Cuánto de realismo y cuánto de mixtificación hay en sus palabras podrían discutirlo los más entendidos en la materia. Alguna razón parece dar a sus estadísticas un reportaje del *New York Times* que cita en su libro, según el cual el crecimiento hispánico ha podido «contribuir a latinizar a mucha gente hispánica, para la cual está resultando más fácil afirmar su legado», lo cual coincide con el interesante dato de que ya en 1998 «José» pasó a ser, en vez de «Michael», el nombre más popular entre

los niños recién nacidos tanto en California como en Texas.

Con todo, hay en el enfoque que propone Huntington una dialéctica de oposiciones que obliga a redoblar los esfuerzos para hacer de esta realidad, y de este derecho que constituye la inmigración, un factor de generalizado enriquecimiento social para el conjunto del continente americano, alejando por su parte el peligro de secesión que estas palabras suyas entrañan: «Esta realidad plantea un interrogante fundamental: ¿seguirá siendo Estados Unidos un país con un solo idioma nacional y una cultura en esencia angloprotestante? Al pasar por alto este interrogante, los estadounidenses aceptan transformarse a la larga en dos pueblos, con dos culturas (inglesa e hispánica) y dos idiomas (inglés y español)».

Cabe quizá señalar aquí que, entre las muchas críticas y observaciones hechas al combativo planteamiento de Huntington, está la de que suena incorrecto

afirmar que la identidad estadounidense fue configurada por el angloprotestantismo disidente. Dos de las iglesias prominentes en la fundación de los Estados Unidos fueron más bien establecidas que disidentes –explica Alan Wolf–: la Iglesia anglicana llegó a ser la Iglesia establecida de Virginia con el nombre de episcopal, y el presbiterianismo se había establecido en Escocia. Sin duda, los puritanos habían sido una secta disidente en Inglaterra, pero llegaron a ser la Iglesia establecida en Massachusetts. Entretanto, Nueva York y Nueva Jersey fueron poblados en gran medida por colonos holandeses; los católicos constituyeron una fuerza poderosa en Maryland; Rhode Island fue fundada por bautistas (muchos de los cuales tenían raíces británicas, pero seguían a una secta de origen alemán); y los cuáqueros alemanes y británicos eran prominentes en Pensilvania. –Y agrega–: Al afirmarse que allí existe una cultura común «angloprotestante» también se pasa por alto el hecho de que los protestantes han estado vehementemente en desacuerdo entre ellos respecto a lo que es esa cultura [...]; hay muchas sectas protestantes con ideas en conflicto en todo cuanto va desde la autoridad bíblica hasta el rol de la liturgia.

Más allá de estas diferencias, que proporcionan elementos de reflexión en cuanto a nuestro tema, fijemos entretanto la atención en esta otra consideración: también

las élites protestantes anglosajonas de raza blanca (*WASP: White Anglo-Saxon Protestant*) pensaron alguna vez que los judíos, los italianos y los irlandeses hundirían el país. Podemos ver ahora que hicieron grandes aportes a una buena estructura básica. Si Estados Unidos puede encontrar una forma de que los nuevos inmigrantes hispánicos hagan sus propios aportes distintivos, podría no tener importancia que no se asimilen de acuerdo con patrones anteriores. Y la frescura, el dinamismo, el color cultural y los valores religiosos que traen los hispánicos a los Estados Unidos podrían muy bien –si no son convertidos en un fin en sí mismos por los líderes hispánicos y otros líderes estadounidenses– resultar ser un gran beneficio más que una carga para la nación¹⁷.

Desde la perspectiva de la unión con Cristo habría que proclamar claramente que la unidad de un pueblo en torno a una misma fe y a los principios que le son inherentes no significa, en lo humano, *uniformidad*. Por el contrario, las comunidades cristianas siempre se sintieron enriquecidas al acoger la múltiple diversidad y la variedad de todos sus miembros.

CONTRIBUCIÓN PROPIA DE LA CULTURA HISPÁNICA

En cumplimiento del ejercicio periodístico tuve muchos años atrás, todavía en los ochenta, la fortuna de entrevistar a Octavio Paz. Registro aquí algunas de sus palabras, que en ese momento me sorprendieron por venir de quien se declaró siempre agnóstico. Su real alcance lo comprendí más tarde. Se refería a lo vivas que permanecían en México –y, en su opinión, ya no tan segura, en el resto de Latinoamérica– las formas comunitarias tradicionales:

Muchos se admiran de que México, a pesar de tener al frente el país más poderoso de la tierra, haya resistido con cierta fuerza a la invasión de la cultura norteamericana, que es una cultura moderna –me dijo–. Hemos resistido por la fuerza que tiene la organización comunitaria, sobre todo la familia, la madre como centro de la familia, la religión tradicional, las imágenes religiosas. Creo que la Virgen de Guadalupe ha sido mucho más influyente que todos los discursos de los políticos del país. Es decir, las formas tradicionales de vida han preservado, en cierto modo, el ser de América latina¹⁸.

17 Robert ROYAL, «Hispanic peril or promise?», *Crisis*, May 2004.

18 Jaime ANTÚNEZ, «Octavio Paz: un mexicano universal», en *Crónica de las ideas*, Madrid, Encuentro, 2001, pág. 103.

Descontados el carácter de discurso libre y cierto aire confrontacional típico suyo todavía en esos años, la intuición expresada por Paz constituye, como poeta que fue, una brevísima síntesis de las potencias que lleva consigo la identidad latina, tanto en cuanto a su capacidad de resistir frente a fuerzas materialmente mayores como en cuanto a su capacidad de comunicar las riquezas de su alma propia. Identifiquemos esas potencias, aunque sea sucintamente, una a una: *la mujer, la familia, santa María de Guadalupe...*

«Digna de todo elogio, como transmisora de la fe, es *la mujer latinoamericana*, cuyo papel en la Iglesia y en la sociedad hay que poner de relieve», nos dice Juan Pablo II al cumplirse los quinientos años de la evangelización de América. Su vocación merece especial atención –nos recuerda también *Ecclesia in America*–, pues sin su aportación se perderían riquezas que sólo el genio de la mujer es capaz de entregar. Es evidente, por su parte, cuánto la mujer latinoamericana necesita ser asistida frente a las amenazas que la afectan en los sectores más pobres –las abominables esterilizaciones, por ejemplo, programadas tantas veces para obtener recursos económicos de los países ricos– o en el modo como la sociedad debería ayudar más a la vida familiar fundada en el matrimonio, a la protección de la maternidad, al resguardo de la dignidad femenina, como también al papel muchas veces directivo de la mujer en la sociedad.

La *familia* y los temas vinculados a la *vida* constituyen, en íntima trabazón con el papel de la *mujer*, la fuerza del tejido que sostiene nuestra realidad social y nuestra cultura. No existe auténtica promoción humana si no se parte de los fundamentos mismos de la dignidad de la persona y del ambiente en el que tiene que desarrollarse según el proyecto del Creador. Pero también son muchas las insidias que amenazan la solidez de la institución familiar, constituyendo esto uno de los más importantes desafíos actuales para los cristianos: uniones libres, divorcios, aborto, infanticidio, mentalidad contracconceptiva. De la familia como educadora –más aún, como «iglesia doméstica»– depende el futuro moral de esa parte numerosísima del continente que son los jóvenes. Asimismo son ellos una gran fuerza social y evangelizadora. La superioridad en las tasas

de crecimiento demográfico que refleja la familia latina, comparada con la de otros orígenes culturales, no debe verse como un peligro sino como una expresión de vitalidad, que tiene mucho por entregar. Su brayemos de nuevo que, estadísticamente, esta gran familia compuesta por los católicos de lengua hispano-portuguesa y repartidos de norte a sur del continente americano constituye más de la mitad de la población católica del mundo.

Decíamos que, junto a la adoración de la Eucaristía y la veneración a Pedro, María Santísima fue la enseña de la primera evangelización. En su generosa Providencia, quiso el Señor –como para afianzar su conciencia de pertenencia cristiana e iluminar la dimensión real de su destino– regalar a México y, por extensión, a todos los pueblos de América el acontecimiento guadalupano. Su vitalidad rebasó toda expectativa. En él se encontraron dos mundos, y se convirtió en el protagonista de la nueva identidad de un pueblo que ve en el rostro mestizo de María a la madre, y también la educadora, que los abraza a todos. Santa María de Guadalupe no tan sólo reconcilia a México con sus orígenes, sus valores y tradiciones sino que además atenúa y borra las grandes tensiones sociales de su historia, pues al fin todos se reconocen en Ella. La fuerza de su significado alcanza a todos los pueblos latinos de América y también a los de matriz anglosajona, y no es otro el motivo por el que este Papa estableció que cada 12 de diciembre se celebre en toda América a la Virgen María de Guadalupe con el rango litúrgico de fiesta.

La canonización, en julio de 2002, del indio Juan Diego ha permitido destacar su figura como la de esos antiguos personajes bíblicos, representación colectiva de todo un pueblo. En realidad, no sólo en cada mexicano sino también en cada latinoamericano existe una dosis más o menos grande de Juan

Diego. La ternura que trasuntan las palabras con que toma vida el acontecimiento guadalupano tipifican bien la dulzura con que la Madre trata a este pueblo joven, el cual, no sin fundamento, ha sido llamado el «continente de la esperanza».

A lo largo de todos los siglos son muchos los movimientos migratorios que nacieron de una determinada necesidad material de unos pueblos y que luego, en esa combinación de libertad humana y Providencia divina que guía la historia, concluyeron dando vida a situaciones nuevas a través de la cuales se ha enriquecido la historia del hombre y muchas veces se ha hecho también más estrecha su relación con Dios.

En este sentido –y a la vista de lo descrito y comentado hasta aquí sobre nuestra índole e historia–, nada deberían temer el profesor Huntington, ni quienes piensan como él, del aporte que para América del norte significará en el largo plazo la identidad hispánica.

De nuestra parte, nosotros deberíamos preocuparnos de favorecer el proceso ya iniciado de integración de nuestros pueblos, a quienes la misma geografía, la fe cristiana, la lengua y la cultura han unido definitivamente en el camino de la historia. Conscientes, eso sí, de que «el desarrollo de un pueblo no deriva primariamente del dinero, ni de las ayudas materiales, ni de las estructuras técnicas, sino más bien de la formación de las conciencias, de la madurez de la mentalidad y de las costumbres. *Es el hombre el protagonista del desarrollo, no el dinero ni la técnica*»¹⁹.

Exposición realizada en el Encuentro de Obispos Hispánicos y Líderes Empresariales y Sociales (Denver [Col.], 20-22 de agosto de 2004). ■

19 JUAN PABLO II, *Redemptoris missio*, n. 58.